

## MERCURIO PERUANO

DEL DIA 20. DE FEBRERO DE 1791.

AUTORIDADES LEGALES Y CANÓNICAS, QUE PROHIBEN  
los entierros eclesiásticos.

Quando muere un Padre amoroso, un Hijo único, una Esposa, amado centro de toda la ternura de un buen Marido, los dolientes inmediatos no aspiran mas que á desahogar la pena que los posee; mientras duran los paratismos del dolor, la opinion es el unico norte de sus acciones: baxo su conducta se procura honrar las cenizas y la memoria del difunto. Las pompas fúnebres, las diligencias y gastos de la sepultura, son unos consuelos que los vivos se proporcionan á sí mismos, y que de nada sirven á los muertos (1). Ya hemos probado esta misma verdad en el Mercurio n. 13., tratando la materia como meros historiadores y filósofos. Ahora que volvemos á examinarla en cierto modo como jurisperitos y canonistas, concluiremos afirmando la deducción que hicimos en el n. 14., y alegando las Autoridades sagradas, que prohiben la inhumacion de los cadáveres en las Iglesias.

La parte sistemática y comparativa de nuestra Jurisprudencia estriva en el Derecho Romano. Este encontró toda la equidad de sus principios en las Leyes de las doce Tablas

que

(1) *Pompæ funeris, agmina exequiarum, sumptuosa diligentia sepulturæ, monumentorum opulenta constructio, vivorum sunt qualiacumque solatia, non adiutoria mortuorum. S. Aug. Serm. 23. de verb. Apost. Id. Lib. 1. de Civit. Dei, cap. 12.*



(2) que fueron las mas antiguas que tuvo aquella nacion gloriosa, despues de la compilacion, que Papirio hizo de las Ordenanzas de los primeros Reyes en el tiempo de Tarquino primero, sobre-nominado el Sobervio. Ahora pues: una de esas leyes, la mas terminante (3), mandaba que dentro del recinto de las poblaciones no se enterrase, ni se quemase á cadáver alguno. En todo el tiempo de la duracion de la Republica Romana, quedó inviolablemente observada esta sancion tan útil y necesaria. En los Códigos, que posteriormente se formaron no solo no se derogó lo prevenido en ella, sino que según su mismo espíritu se hicieron otros establecimientos y ordenanzas por los Emperadores que subsiguieron, en que mandaron, que solo fuera de las Ciudades se pudiesen soterrar los muertos. Añio Adriano sucesor de Trajano, en un Rescripto general revalidó la citada Ley de las doce Tablas, el que prevaleció en toda la extension del Imperio, según refiere Ulpiano (4). Pero aun mas terminante fué la Ley de Teódosio II. el Joven (5), la qual multaba en la tercera parte de su patrimonio al que osase quebrantar lo mandado, en punto á que no se pudiesen erigir dentro poblado ni sepulturas públicas, ni urnas, sarcófagos, ó depósitos privados. Una de nuestras Leyes (6), monumento de los desvelos paternales del Rey Don Alonso el Sabio alusiva á esta materia, justifica el motivo que hubo para que la potestad legislativa se interesase con empeño en la derogacion de esa perjudicial costumbre, diciendo que fue por que el fodor de los muertos non corrompiese el Ayre, nin matase los vivos.

La práctica general de los antiguos Españoles puede pasar como Ley, y ser tanto mas recomendable, quanto que entonces el espíritu de devocion, de fervor, de religion, y de sufragio era mas vigoroso que en los tiempos actuales, harto infelices por esta parte. Las orillas del Cidacos, del Cea, del Tago, y de otros rios, se vieron honradas con los sagrados cuerpos de

Eme-

(2) Tito Livio Lib. 3. llama á estas Leyes *fons omnis publici privatique juris*; y Tacito Annal. lib. 3. las caracteriza: *finis equi juris*.

(3) La Ley XXXI. que decia en el latin de aquellos tiempos: *Hominem mortuum endo urbe nei sepeleito, neve urito*.

(4) In Leg. III. Digest. §. V. de Sepulcr. violat.

(5) Cod. Theodos. Lib. IX. Tit. XVII. Leg. VI.

(6) Ley II. Part. I. Tit. XIII.



Emeterio y Celedonio (7), de Facundo y Primitivo (8), de Leocadia (9), y otros Santos Martires, y Confesores. El Papa Pelagio II. alaba esta costumbre con estas notables expresiones (10). Se establece que ningún cuerpo de los fieles difuntos se en-  
 tie en tierra dentro de las Iglesias, como se observa en las Basili-  
 cas de España. Pues ahora están tan adelantados el lujo, la  
 ambicion, y el orgullo de los hombres, que atreven á colo-  
 car soberviamente sus cuerpos láceros, tréncos, y miembros  
 podridos cerca del Sacramentado Cuerpo de Christo Dios vivo,  
 y hombre verdadero.

La relajacion que hubo en esta parte, atraxo los cuida-  
 dos de muchos Concilios. El 1.º de Braga, celebrado en el Rey-  
 nado de Priamiro el año de 561., prohibe absolutamente todo en-  
 tierro hecho en las Iglesias. El de Maguncia tenido el año de  
 813: el de Nantes celebrado por los años de 900: el primero  
 de Milán hecho en tiempo de San Carlos Borromeo, &c. renue-  
 ban esta misma prohibicion. Los Prelados mas celosos y sabios de  
 nuestros dias encargan la observancia de la antigua disciplina, sobre  
 no inhumar en el centro de los Templos. La Pastoral del Emi-  
 nentísimo Cardenal Pozzobonelli Arzobispo de Milán, de 16. de  
 Marzo de 1776. (11): la del Ilustrísimo Señor Arzobispo de To-  
 lesa, de 23. de Marzo de 1775, y la del Ilustrísimo Señor Ar-  
 zobispo de Turin, de 25. de Noviembre de 1777. (12) esfuerzan  
 con la mayor energia este mismo encargo, y lo corroboran con  
 un número crecido de Cánones, de Concilios, y otras Autorida-  
 des sagradas, cuya repetición no sería tal vez oportuna en la  
 brevedad que requiere un papel periódico.

Los ignorantes, los preocupados, y los enemigos de la  
 ilustracion pública mirarán á todas estas razones como contrarias

(7) España Sagrada tom. 33. trat. 49. cap. 19. núm. 29.

(8) España Sagrada tom. 34. trat. 70. cap. 17. núm. 29.

(9) España Sagrada tom. 6. trat. 6. cap. último, núm. 10.

(10) Véase la disertacion Físico-Legal del Doct. Don Fran-  
 cisco Bruno Fernandez, pag. 27.

(11) Véase la Gazeta de Madrid de 30. de Abril de 1776.  
 en la que se dió un extracto de esta Pastoral.

(12) Esta y la antecedente se hallan ya traducidas á nuestro  
 Idioma, por Don Benito Baile, é impresas á continuacion de su  
 Obra cuyo título es: *Pruebas de ser contrario á la práctica de  
 todas las Naciones el enterrar los difuntos en las Iglesias, y los  
 Poblados.* En Madrid por Ibarra, 1785.



á la devoción y á la piedad. Este rasgo, así como la mayor parte de los del Mercurio, no habla con esta clase infeliz del hombre. No dexamos de preveer quales serán sus objeciones, y tendríamos lo suficiente para redargüirlas y combencérlas; pero solo nos contentaremos con hacernos cargo de la principal, en la Octava siguiente, que mereció el honor de la prensa (13).

- ” Si tu alma espira en gracia, adquiere el Cielo.
- ” Donde nunca es el gozo limitado,
- ” Aunque se pudra el cuerpo en qualquier suelo:
- ” ; Mas ay de tí, si mueres en pecado!
- ” Jamas para aliviar tal desconsuelo.
- ” Te han de valer Iglesia ni sagrado:
- ” Tu pena será eterna, aunque lograras
- ” Ser sepultado baxo de las Aras.

En vista de esto crea la Sociedad de *Amantes del País* poderse lisongear con mucha verosimilitud, de que en algunas partes de esta América producirán algun fruto las breves disertaciones que ha hecho sobre los entierros de las Iglesias. Esta materia, como tan interesante, ocupó muchas plumas y muchos Sabios para su ventilacion y verdadero conocimiento; pero entre nosotros es todavía muy delicada. Para probar nuestras razones sin chocar con violencia los principios de la opinion contraria, hemos debido ser mas prolijos de lo que es constitutivo de todos nuestros papeles. El Público nos perdonará la difusion; mientras nosotros nos consideramos felices, si logramos saber que en alguna Provincia ó en algun Curato se ha erigido un Campo-Santo, y que nuestras reflexiones han influido en la plantificación de una obra de esta naturaleza, igualmente meritoria á quien la promueve, que útil á todos los que disfrutan de sus saludables consecuencias.

## METEOROLOGÍA.

### Preferatibá para los Rayos.

**L**OS continuos y lastimosos desastres, que á causa de los Rayos se experimentan en la Sierra, y especialmente en las pampas de Bombón, excitan en los corazones sensibles de los *Amantes*

(13) Memorial Literario en Madrid del mes de Marzo de 1787. Tom. X. pág. 401.

Ayuntamiento de Madrid



tes del País el deseo de hallar un medio para libertar á los caminantes de esta terrible plaga. Es cosa bien notoria á quien ha traginado por lo interior del Reyno, que ningun viagero ni Párroco puede transitar por esos parages desde el medio-día hasta la noche, sin exponerse á perecer en una lluvia fulminante. Toda la estacion del verano está sujeta á semejantes contingencias. Entonces el pasagero tiene que detenerse, y retardar el viage, con no poca incomodidad y perjuicio de sus intereses. Este inconveniente sería tolerable, si las prácticas de la Religion no quedasen comprendidas en sus consecuencias. El Párroco, que se halla avisado (y ordinariamente tarde) de la extrema necesidad de un feligrés distante, se vé á menudo en la dura alternativa, ó de diferir el socorro de los Sacramentos, no sin riesgo de que fenescan sin ellos, ó de exponerse á perecer si su zelo intenta suplantar el peligro. Es ya constante que el Rayo no tiene otro origen que la materia eléctrica, cuya theoría conocen los físicos, y es para un Periódico demasiado proliza. Los papeles públicos de Europa nos anuncian algunos medios fáciles para ponerse á cubierto con anticipacion de los estragos del Rayo. Todos ellos estriban en las leyes de la repulsion, y transmision de la electricidad: aquella de los cuerpos naturalmente eléctricos, como la seda, el vidrio, las resinas, gomas, betunes de qualquiera especie &c. y esta, de los eléctricos por comunicacion, como los metales, los animales, y todas sus partes separadas, los líquidos &c.

Los medios de indemnizarnos de esta irrupcion fatal son (dicen) » cubrirse con un para-sol de seda bien embetunado, ó barnisado: lo es tambien armarse con un Conductor, ó cadena de fierro ó de laton, que puesta sobre una asta barnisada, baje arrastrando por la tierra sin tocar al cuerpo. Pero el mas seguro es, (afirman) juntar uno y otro, colocando la cadena en el punto superior del para-sol, que deberá ser de metal, y rematar en punta. Este es un preservativo muy bueno; pero no lo aprobamos todo en quanto á la práctica. La superabundancia de fuego eléctrico, de que en las partes elevadas de la Serrania se ven preñadas las nubes, y se explica en la multitud de Rayos que despiden en una tempestad: la poca resistencia de un Conductor necesariamente endeble, y continuo solo por los leves puntos tangentes de sus ganchos ó eslabones, y de estos con la tierra, nos hacen dudar del éxito de la cadena, la qual puede ceder al torrente impetuoso de aquel fluido, ó entorpecer



su curso y disipacion por la tierra tal vez seca, como nos persuaden las nuevas experiencias de Mr. Charles. En este caso resultaria un reflexo violento, y una concusion funesta para el portador.

El primer medio, pero variado, es mas oportuno su puesto como deciamos la ley de la repulsion en las materias idioeléctricas. Si en vez del para-sol de seda se cubriese el caminante de pies á cabeza de un lienzo (mejor sería el tafetan) encerado, ó preparado con el azeite de Linaza y Canime, con que en el Reyno de Quito hacen el ule que usan contra las lluvias, nos parece iria libre de la explosion del Rayo. Esto es muy facil, uniendo al capacete que se usa con anteojeras por las punas nevadas, un caparazon del genero propuesto, y todo bien penetrado de aquel betun.

Si hay recelo de que el bagaje se espante, quando ocurre una granizada gruesa por el ruido que causa el choque del granizo, puede simplificarse, formando un vestido de tres piezas del genero preparado, cuidando para mas seguridad de que queden cubiertos los zapatos y las manos, por ser el cuero y las uñas no cortadas muy susceptibles de la electricidad. Esto no quita, que si el frio obliga á usar otra ropa, se prevenga de ella en el modo que se ha dicho en el Mercurio número 6. de baxo de esta, que lo llevará libre en la mayor tempestad del riesgo de los Rayos, y de toda explosion eléctrica. Quando por este método no se logre mas fruto que el de libertar la vida á un solo hombre, mas que sea en un espacio dilatado de tiempo, quedaremos muy complacidos de haber publicado este rasgo, aun que por lo presente merecerá talvez la critica de aquellos semi-eruditos, que no quisieran ver en el Mercurio sino aquellas materias, que interesan particularmente sus ocupaciones, su inclinacion, y sus miras.

Carta escrita á la Sociedad Incluyendole los versos que sigue: publicamosla en agradecimiento del Remitente, y del Poeta.

**SEÑORES AMANTES DEL PAIS.**

Vms. han prometido dar lugar en el Mercurio á las dulces Poesias, y han empezado á cumplirlo. Si entre sus armoniosas composiciones, mereciese colocarse el siguiente rasgo de un Joven Limeño, que se atreve á verter los sublimes pensamientos del divino Lirico; su publicación le servirá de estímulo para continuarlos. Su apasionado.

Chrisóstomo Fereponzo

TRA-



39.  
**TRADUCCION DE LA ODA XXIV. DEL LIBRO III, DE**  
 los versos de Horacio.

Si de bienes colmado  
 Tan opulento fueras,  
 Que á la India en riqueza aventajaras,  
 Y tambien excedieras  
 El inmenso tesoro que en su seno  
 La Arábia deposita, aun no tocado  
 Del Romano poder: y aunque erigieras  
 Tan grandes edificios que poblaras  
 Todos los mares Pónico y Tirreno:  
 Si la muerte feróz é inevitable  
 En el monte mas alto  
 Sus clavos atraviesa,  
 Que imitan del diamante la dureza  
 ¿Lograrias, acaso,  
 Tu espíritu librar del sobresalto  
 Que su memoria excita,  
 Ó evadir tu garganta de su lazo?  
 Aun mas comodo vive el rudo Scita,  
 Que vagando en sus carros inconstante,  
 De morada varía cada instante.  
 Mejor vida merecen  
 Los Getas intratables,  
 Cuyos campos de límites carecen  
 Siendo á todos allí comunicables  
 Los frutos que sus tierras les ofrecen,  
 Allí ninguno en la labor se emplea  
 Que de un año los términos excede:  
 Y al que ha finalizado su taréa  
 Blando y feliz descanso le franquea  
 El que en igual trabajo le sucede.  
 La inocente Madrastra, con agrado  
 Educa al entenado  
 Que de Madre se vé destituido.  
 Ni por que rico dote haya logrado  
 Gobierna la muger á su marido,  
 Ni hace con ligereza  
 De su ostentoso amante confianza.  
 El dote principal no es la riqueza,  
 Por qué este solamente se afianza



En la honesta virtud de los mayores  
 Y en la consorte fiel y de reato,  
 Que observando invariable  
 Los fueros del recíproco contrato,  
 Niega á varon extraño sus favores.  
 Es allí el adulterio detestable,  
 Ó la muerte su precio inevitable.  
 El que extinguir quisiere  
 Las impías matanzas,  
 Y civiles ardores,  
 Si acaso pretendiere  
 Que Roma le adjudique  
 De Padre de la Patria los honores,  
 Y estatuas é inscripciones le dedique,  
 Es menester que intrépido se aplique  
 A domar la ambicion tenáz y dura:  
 Que tambien sus debidas alabanzas  
 Espere solo de la edad futura,  
 Por que (¡ó grosero error!) preocupados  
 De la páfida envidia, imaginamos  
 Que la virtud presente desmerece,  
 Y ansiosos la buscamos  
 Quando de nuestra vista desaparece.  
 ¿Para qué, inútilmente,  
 En miseras querellas nos cansamos,  
 Si ha de quedar impune el delincuente?  
 ¿Ó que es lo que las leyes fructifican;  
 Si á reglar las costumbres no se aplican?  
 ¿Si no han de reprimir el torpe anhelo  
 Que al Mercader expone y encamina  
 Ya á los calores de la Zona ardiente,  
 Ya al peligroso extremo que confina  
 Con el fiero Aquilon, ya al frio yelo  
 Que yace endurecido sobre el suelo?  
 ¿Si aun reparando el hábil Marinero  
 Que aventura su vida,  
 Transita sin temor el mar severo?  
 Mas la triste pobreza, que es tenida  
 Por enorme vileza, nos prepara  
 A emprender, ó sufrir qualquiera cosa,  
 Y tambien desampara  
 De la virtud la senda laboriosa.



Ni basta que atraídos  
 Del favorable aplauso de la Plebe,  
 Que nos llama y conmueve,  
 Todos nuestros caudales  
 Sean al Capitolio conducidos,  
 Donde los consagremos  
 Para el culto divino:  
 O que en el mar vecino  
 Resueltos arrojemos  
 Ya las piedras preciosas y metales,  
 O ya el inútil oro, que es fomento  
 De los mayores males:  
 No basta, digo, que esto executemos,  
 Puss si, con el debido sentimiento,  
 De todas nuestras culpas nos dolemos,  
 Es menester que de la vil codicia,  
 Las profundas raíces arranquemos:  
 Que el ánimo enervado en la delicia,  
 La tímida inaccion, el ocio evite,  
 Y en acciones mas graves se exercite.  
 El ilustre Mancebo que no alcanza  
 De versado Maestro la enseñanza,  
 No sabe en un Caballo asegurarse,  
 Y teme aun á la caza dedicarse,  
 Al paso que se ocupa diestramente  
 Ya sea en manejar el Troco griego,  
 Ya sea en otro juego  
 Que prohiben las leyes justamente.  
 La perfidia del Padre no rezela,  
 Con injurioso arte,  
 Al huesped engañar, ó al compañero  
 Que le fió de caudal crecida parte:  
 Y de esta suerte anhela  
 Acumular aprisa mas dinero  
 Para su vil y pródigo heredero,  
 Que gozarlo, sin duda, no merece.  
 Y aunque por este modo  
 Su tesoro recrece,  
 Lo reputa, con todo,  
 Por menos abundante,  
 Y á saciar sus deseos no es bastante.



Del favorable aguiro de la plebe,  
Que nos llama y conmueve,  
Todos nuestros caudales  
Sean al Capricho conducidos,  
Donde los conserjamos  
Para el culto divino:  
O que en el mar vecino  
Resurten otros tesoros.  
Ya las piedras preciosas y testas,  
O ya el inafil oro, que es fomento  
De los mayores males:  
Ivo basta, digo, que esto acordemos,  
Pues si, con el debido consentimiento,  
De todas nuestras culpas nos dolamos,  
Las que resten que de la vil codicia,  
Las profundas raíces arrancemos:  
Que el ánimo enervado en la delicia,  
La temida inacción, el ocio evite,  
Y en acciones más graves se ejercite.  
El ilustre Marqués que no alcanza  
De verasdo Marqués la distinción,  
No sabe en un Caballo asegurarse,  
Y tiene aun a la cara dedicarse,  
Al paso que se ocupa lastimamente  
Ya sea en manejar el Troco griego,  
Ya sea en otro juego.  
Que prohiben las leyes inmutables.  
La perdidia del Padre no reza,  
Con injurioso arte,  
Al buesped engañar, ó al compañero  
Que le ha de caudal crecida parte:  
Y de esta suerte anhela  
Acumular espina mas dinero  
Para su vil y prodigo heredero,  
Que gozario, sin duda, no merece.  
Y aunque por este modo  
Su tesoro recree,  
Lo repunta, con todo,  
Por menos abundante,  
Y a sacar sus deites no es bastante.